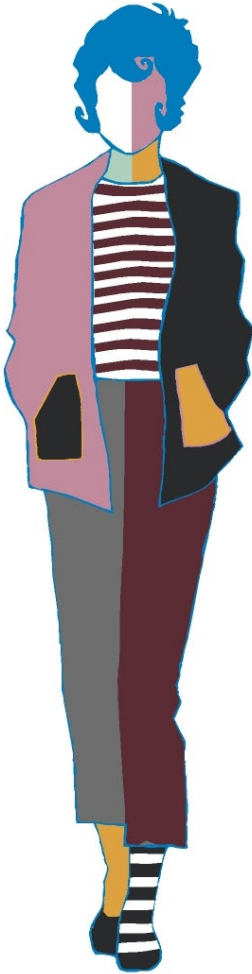


# DOLORES PROMESAS

*Mi historia*

# *¡Hola!*

*Me llamo Dolores Promesas, un nombre que me va como anillo al dedo, y es que es una especie de resumen de mi vida. Dolores de Nombre y Promesas de apellido. Algunas veces, pesa más uno que otro pero, por lo general, suelen andar en jaque, componiendo mi personalidad.*



Sobre mi nombre, he oído de todo: "Es muy original", "Es muy sonoro", "Es muy rotundo", "Es gracioso", "Suena a cantante de copla"... Para ser sincera diré que no es mi nombre real, que me lo inventé yo, y que me bauticé yo misma.

Mi nombre verdadero es Nube pero, claro... ¿Dónde voy yo por la vida llamándome Nube? Me lo puso mi Madre, un espíritu libre en busca de emociones para alimentar su alma, una hippie que no quiere tener ataduras y que, según me han dicho, vive en las alpujarras de Granada. Nació en el sur de Francia y, en unas vacaciones por España, conoció a mi padre, un malagueño guapo que le robó su corazón. Se casaron y, a los pocos meses, nació yo.

Enemiga de lo convencional, no pudo soportar el nuevo rumbo que estaba tomando su vida y un buen día se fue, dejándonos solos a mi padre y a mí.

Se despidió con una breve carta que tengo grabada en mi cabeza y, por qué no decirlo, en mi corazón: "Nube, cariño, sigue siempre la senda de tu estrella". No es que la frase diga mucho, pero es bonita y queda bien estampada en una camiseta o en un pijama.

Mi padre sufrió lo suyo y, para colmo de males, a los pocos meses murió mi abuelo, hecho que hizo que nos trasladásemos a vivir con mi abuela a un pueblecito costero de Cádiz.

A los pocos días de estar allí, perdí mi nombre. En la cabeza de mi tía Dolores no cabía la idea de que alguien se llamara Nube, y ¡mucho menos su nieta! Así empecé a ser "Niña": Niña esto, niña aquello... ¡hasta mi padre me decía "Te quiero, niña!".

"Mi abuelo había llevado la mercería del pueblo, un negocio pequeño que daba para comer y para ahorrar un poco.

Yo era feliz allí, entre retales, botones y madejas de lana. Ayudaba en el mostrador y también acompañaba a mi padre cuando había repartos a alguna casa o algún restaurante que pedía delantales, paños de co-

# La vida es mejor

cuando



cina, manteles o servilletas, porque en la tienda también se vendía ropa.

No es que fuera una boutique, pero sí había vestidos, camisas, pantalones y zapatillas de andar por casa. No faltaban las camisetas y los petos vaqueros, que yo llevé hasta que pude convencer a mi abuela para desterrarlos de mi vida. Fui feliz o, al menos, así es mi recuerdo."

"Cuando cumplí dieciocho años pedí conocer Madrid, y mi santa fami-

lia me compró un billete de autobús para ir a la capital. Mi amiga Pepa, la única chica de mi edad del pueblo, se trasladaba a Madrid y la excusa de que mi ayuda era imprescindible para la mudanza y para que se instalara en su nueva casa, fue definitiva a la hora de convencer a mi padre. A mi abuela no, claro.

La emoción que viajó con nosotras en ese trayecto fue la señal de que cambiaría mi vida. Pepa y yo recordamos todavía ese viaje. Ella, que siempre ha sido muy "echá p'álarde", hizo amistad en dos segundos con unos chicos en un restaurante del madrileño barrio de Chueca.

Yo había oído hablar de la movida que la ciudad había vivido unos años antes y encontré un Madrid en ebullición, que se resistía a quedarse en casa aunque los años y las drogas habían hecho estragos. Con nuestros nuevos amigos conocimos Hanoi, Archy, Stella, Voltereta, nombres que marcaban una ruta nocturna que yo vivía con intensidad.

Uno de los chicos era gay y trabajaba como peluquero en la pasarela Cibeles. Se empenó en cortar mi melena de Pantoja –como él llamaba a mi larga melena morena- y para ello me coló en el backstage de Cibeles, donde pude ver diseñadores y modelos. Fue una grata experiencia que hoy todavía le agradezco. En uno de sus descansos, agarró las tijeras y me cambió el look, diciendo "adiós" a la melena Marinero de luces y "hola" a un nuevo corte de pelo que hoy es una de mis señas de identidad.



Fascinada por la noche madrileña y por el mundo de la moda, y feliz con mi nueva imagen, volví a casa. Mi santo padre me recibió con su más cálida sonrisa y su abrazo más tierno; mi abuela con un "Dios mío, ¿pero qué te has hecho?", maldiciendo la hora en que mi padre me dejó ir a Madrid y haciéndose la señal de la cruz al menos veinte veces.

Pasé las semanas más aburridas de mi vida. La envidia me comía cada vez que Pepa me llamaba para contarme lo divertido que había sido el fin de semana, y la gente tan guay que había conocido. Una tarde estaba sentada en el patio de la casa y mi abuela cortó una flor de una de las macetas y la colocó en mi pelo. Sonrió y me dijo: "De tu padre me encargo yo". Llamé a Pepa y enseguida estaba yo en el autocar rumbo a la capital".

Pepa había conseguido trabajo de chica para todo en una revista de moda. Echaba muchas horas pero encontraba tiempo para estudiar periodismo y también para divertirse por las noches. Yo fui dando tumbos... Dependienta en el Corte Inglés, azafata de congresos, camarera y recepcionista en un hostel gay, donde me metió mi amigo el peluquero, Matías, a quien querré toda la vida por ser tan majo, tan bueno y tan cariñoso conmigo.

Salíamos mucho y nos gastábamos el sueldo entero. Pepa intentó convencerme para que estudiara, pero los libros nunca habían sido lo mío. Mis logros eran un curso de inglés, otro de informática y otro de dibujo.

Cuando Pepa tenía exámenes yo me iba de casa para no distraerla. Quedaba con Matías para ir de compras y luego al cine o a tomar café a alguna cafetería donde paraban famosos, esperando encontrar a Pedro Almodóvar para que se fijara en nosotros y nos lanzara al estrellato. Todavía no le hemos visto, que sirva de nota.

Una de esas noches de verano madrileño caluroso y peligroso, Matías, Pepa y yo reíamos en una terraza del centro. Montábamostal escándalo que todos nos miraban de reojo, algunos enojados, otros con una sonrisa de envidia por lo bien que lo estábamos pasando. En un intermedio del festival de tontadas que decíamos, me acerqué a la barra a pedir al camarero. No reparé en que al lado había un chico guapísimo, pero ya se encargó Matías de hacerme señas desde la mesa para que me fijara en él.

Cierto: era guapo, pero no sólo eso, también era apuesto, simpático, divertido, amable y un excelente amante. Lo sé porque viví con él una bonita historia de amor que duró cinco años”.

Se llamaba Tomás y era representante una firma de ropa. Era de Vigo y tenía una perra que respondía al nombre de Tula. Los dos vivían en un bonito ático del barrio de Malasaña, y allí me trasladé enseguida. Me enamoré de él hasta las trancas y nos casamos por lo civil sin decir nada a nadie. Fue la excusa para hacer un largo viaje por las islas griegas –el escenario perfecto para el amor que da la felicidad–, sin saber entonces, ajena e ignorante, que en España, en un pueblecito de Cádiz, mi abuela se moría.

Pepa me lo dijo a la vuelta, y Thomas y yo bajamos a ver a mi padre. No hubo lágrimas, sí tristeza. Mucha tristeza. Entonces, decidí llevar su nombre y prometí no quitarme nunca la flor del pelo. Es mi homenaje a la mujer que me cuidó como una madre.



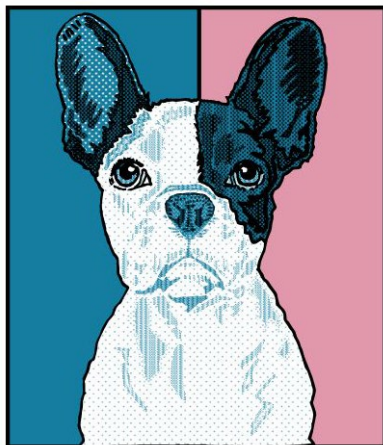
No sólo prometí llevar siempre la flor del pelo, también prometí cuidar de mi padre, empresa que resultó más difícil de lo que pensaba en un principio. No quiso ir a Madrid conmigo, ni tampoco quedarse en la casita junto al mar del pueblo. Casi con lo puesto se fue al lugar donde nació, a una aldea de los montes de Málaga. Allí vive desde entonces, con amigos, primos lejanos, perros y gatos. Voy de vez en cuando, menos de lo que debería, pero le llamo por teléfono todas las semanas. Bueno, no quiero ponerme triste, porque he prometido que voy a alejar las penas de mi vida.

Thomas y yo vivimos juntos cinco años. Fue como el ciclo de la lavadora: una relación con etapa suavizante, después un baño de lejía para quitar suciedades y terminó con un centrifugado enérgico que nos separó del todo. Sus viajes para la firma de ropa fueron aumentando a la par que sus conquistas por toda la comunidad madrileña.

Harta de mis cuernos, mis celos, mis pesadillas y mi humillación, le puse las maletas en la calle. Craso error. Su enfado fue mayúsculo y la que se tuvo que ir fui yo, ya que el ático era suyo, pero me llevé a la perra conmigo...”.

Pepa nos acogió a mí y a mi perra Tula. Sin preguntas, sin sarcasmos. Con amor. De nuevo juntas, ahora las cuatro. Pepa y su gata Trini, Tula y yo.

Nos llevábamos muy bien y prometimos no caer nunca en el juego de un hombre. Pepa arrastraba una decepción amorosa que ya contaré en otro momento. Trini era un poco más pendón verbenero y Tula tonteaba cuando la bajaba al parque pero no quería comprometerse. ¡Vaya cuatro! ¡Las chicas de oro!



Pepa terminó la carrera y siguió trabajando en la revista, aunque desde este momento como redactora y estilista. Le pagaban mal, pero viajaba a menudo y le regalaban mucha ropa. Su generosidad hacía que en mi armario colgasen etiquetas carísimas que, por supuesto, yo no podía permitirme; con la pensión que me daba Thomas y los trabajillos que mi amiga del alma me pasaba desde la revista sólo me llegaba para vivir sin excesos.

Unos meses más tarde mi padre me dijo que alguien estaba interesado en comprar la mercería de mis abuelos. El local llevaba abandonado muchos años pero no estaba en mal estado. Pepa y yo fuimos al pueblo de nuestra infancia y, mientras ella visitaba a la poca familia que le quedaba allí, yo hice negocios con el guaperas sevillano que quería poner una inmobiliaria en nuestra mercería.

Me tiró los trastos, pero también había prometido que no me dejaría atrapar por un chulo –moreno bronceado- de ojos claros- engominado -alto- fuerte- con deportivo y camisa de Hermés. La fachada no lo es todo en mi vida.

Cerré el trato con el adonis sevillano y me quedé sola un buen rato en la tienda. Olía a cerrada, a antigua, a mi infancia, a mi padre, a mis abuelos. Me vi jugando de niña, subiéndome al mostrador. La respiré, la recorrí con la mirada varias veces, y revolví cajones, estanterías y armarios.

Encontré alguna cosa graciosa para Pepa, los petos vaqueros que tanto odié de pequeña, botes con lentejuelas de colores y piedras de cristal, otros con cuentas de madera y bolitas de azabache, y cajas llenas de camisetas de todos los colores. Pronto lo vi claro”.

Mi futuro estaba ahí, delante de mis narices. Cargué todo lo que pude en el coche de Pepa y regresamos a Madrid con la misma ilusión que aquel primer viaje de juventud a la capital.



Mi primer día de trabajo fue un caos creativo, o más bien una caótica creación. Destrocé veinte camisetas y sólo dos consiguieron el aprobado de Pepa. Entonces pinté sobre papel. Mis dos cursos de dibujo servían, al fin, para algo productivo. Cuando le enseñé los bocetos a la implacable miembro del jurado ésta me espetó en la cara una frase que me hundió: " Corazones, nubes, estrellas y peces ya los hace Agatha Ruiz de la Prada".

La frase dio paso a una etapa de negación de mi yo artista, una sequía de talento, un desierto de ideas. Pepa intentó ayudarme y yo le dije que antes o después lo conseguiría.

*Se lo prometí. Con una sonrisa me dijo: "Promesas, promesas... eres Dolores Promesas".*

Una noche me levanté y me senté en blanco frente al espejo con la camiseta blanca. Miré mi reflejo, lo miré bien, lo volví a mirar y lo tuve claro.

Yo, yo con mayúsculas. Yo misma. Cogí la polaroid de Pepa y me hice fotos. Luego me dibujé sobre cartulinas y, al alba, preparé el desayuno a mi amiga. Le conté el proyecto y le enseñé los dibujos. Le encantó la idea. Nos abrazamos y nos pusimos manos a la obra.

Me he dibujado de distintas formas, en diferentes posturas. También a mi perra Tula, e incluso Trini, la gata, ha posado para mí – bajo estas líneas los tenéis-. Ahora con la ayuda de Pepa, de la revista de Pepa, de Matías y de los amigos de Matías, voy a intentar sacar adelante esta línea. Pero necesito tu ayuda, porque sin ti Dolores Promesas nunca verá la luz".

